

MICHEL DE MONTAIGNE

DIARIO DEL VIAJE
A ITALIA

POR SUIZA Y ALEMANIA
(1580-1581)

INTRODUCCIÓN, NOTAS Y TRADUCCIÓN
DEL FRANCÉS Y DEL ITALIANO
DE JORDI BAYOD

BARCELONA 2020



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Journal du voyage de Michel de Montaigne en
Italie, par la Suisse & l'Allemagne
en 1580 & 1581*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, la introducción
y las notas, 2020 by Jordi Bayod Brau
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, mapa de Roma de *Civitates Orbis Terrarum*
(1572-1617), de Georg Braun y Franz Hogenberg

ISBN: 978-84-17902-33-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 226-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	7
<i>Selección bibliográfica</i>	43
<i>Nota sobre esta edición</i>	47
<i>Mapa e itinerario del viaje</i>	50

DIARIO DEL VIAJE DE MONTAIGNE

I . De Beaumont a Plombières	55
II . De Plombières a Baden	70
III . De Baden a Augsburgo	88
IV . De Augsburgo a Venecia	119
V . De Venecia a Florencia	151
VI . De Florencia a Roma	172
VII . Primera estancia en Roma (1)	178
VIII . Primera estancia en Roma (2)	200
IX . De Roma a Loreto	237
X . De Loreto a Luca	249
XI . Primera estancia en Baños de la Villa (1)	270
XII . Primera estancia en Baños de la Villa (2)	281
XIII . De Baños de la Villa a Florencia y a Pisa	304
XIV . De Pisa a Luca. Segunda estancia en Baños de la Villa	322
XV . De Luca a Roma. Segunda estancia en Roma	339
XVI . De Roma a Milán	351
XVII . De Milán al Monte Cenís	363
XVIII . Del Monte Cenís al castillo de Montaigne	365

Apéndices

I . Selección de fragmentos de <i>Los ensayos</i> sobre los viajes	373
---	-----

II . La censura de <i>Los ensayos</i> en Roma (1581)	383
III . Cronología del viaje	395
<i>Índice</i>	402

INTRODUCCIÓN

EL DESCUBRIMIENTO DEL MANUSCRITO

Los *Ensayos*: Michel de Montaigne (1533-1592) es el autor de este único libro, que aparece por primera vez en 1580 y crece y madura en sucesivas ediciones.¹ Nada más—y nada menos—, excepto la traducción al francés de una obra latina de teología natural, el *Liber creaturarum* de Ramón Sibiuda (1569), y una recopilación de textos de Étienne de La Boétie, publicada en 1570-1571, con algunas cartas, entre las cuales destaca aquella en la que Montaigne narra las últimas horas de su amigo fraternal, fallecido en 1563 a los treinta y tres años.

En diciembre de 1770, dos siglos después, se produce, sin embargo, una novedad extraordinaria en relación con la obra de Montaigne. El abate Joseph Prunis (1742-1815), un erudito que rastrea la región del Perigord en busca de documentos históricos, descubre, en el viejo *château* de Montaigne, un manuscrito del que nada se sabía: un diario sobre el viaje a Italia efectuado por el autor de los *Ensayos* entre 1580 y 1581. Es un «pequeño volumen in-folio de 278 páginas»—las 112 primeras escritas por un «secretario», las 166 siguientes por Montaigne mismo (buena parte de ellas en italiano)—que había permanecido olvidado durante mucho tiempo en un viejo cofre—confundido «entre un montón enorme de papeles inútiles».—² En pleno siglo de las Luces, el hallaz-

¹ Debe recordarse que todas las ediciones del libro de Montaigne publicadas en vida suya llevan por título *Ensayos*; sólo la edición póstuma, preparada por Marie de Gournay, se titula *Los ensayos*.

² Véase «Préface de Joseph Prunis à son projet d'édition» (1772), reproducido en *Journal de voyage de Michel de Montaigne*, ed. François Rigolot, París, PUF, 1998, p. 301.

go de un inédito de Montaigne, un autor «querido por toda la gente de letras»,¹ parecía merecer todos los honores. ¿No había asegurado la marquesa du Deffand, en 1759, que Montaigne era el «padre» de todos los *philosophes*? ¿No pedía, por ejemplo, d'Alembert, en el «*Avertissement*» que abre el tercer volumen de la *Encyclopédie*, encabezar con la famosa divisa de Montaigne—«*Que sais-je?*»—todos los artículos referidos a las causas de los fenómenos?²

Sin embargo, la lectura del manuscrito produjo más bien decepción. Prunis, que había obtenido el permiso de Charles-Joseph de Ségur, el propietario del castillo de Montaigne, para encargarse de su edición, comentó en 1772: «Varios escritores han reprochado a Montaigne que se detenga demasiado en los detalles de sus acciones, que circunstancie también demasiado cuáles eran sus gustos, sus hábitos particulares incluso en su manera de vivir. Si este reproche está fundado, confesamos que lo está sobre todo en esta *Relación*».³ Prunis, un erudito local buscó el consejo precisamente del famoso d'Alembert. Y éste, sin entusiasmo, le sugirió prescindir de las páginas menos apropiadas, «dejar todos esos detalles desagradables e inútiles, relativos al efecto que las aguas minerales causaban en el cuerpo de Montaigne».⁴ Aconsejado por d'Alembert y también por propia convicción, Prunis decidió, pues, expurgar «una gran parte» de las páginas de la «*Relación*» y editar tan sólo algunos extractos, componer una especie de antología.⁵

¹ *Ibid.*, p. 302.

² J. Bayod, «Montaigne, “auteur paradoxale” y la *Encyclopédie*», en: *Filósofos, filosofía y filosofías en la Encyclopédie de Diderot y d'Alembert*, ed. Miguel A. Granada, Rosa Rius y Pier Schiavo, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2009, pp. 133 y 134.

³ «Préface de Joseph Prunis», *op. cit.*, p. 303.

⁴ Citado en François Moureau, «Deux inédits montaigniens», en: *Études montaignistes en hommage à Pierre Michel*, dir. Claude Blum y François Moureau, París, Honoré Champion, 1984, pp. 183-193 (p. 185).

⁵ «Préface de Joseph Prunis», *op. cit.*, p. 303.

Por fortuna, el conde de Ségur no aceptó este planteamiento. Se entabló una batalla legal y Prunis perdió el control del manuscrito. El proyecto de edición fue confiado entonces a un editor parisino, Edmé-Jean Le Jay, que, a su vez, encargó su ejecución a Anne-Gabriel Meunier de Querlon (1702-1780), periodista, polígrafo y conservador de los manuscritos de la Biblioteca del Rey. El compromiso era editar el texto completo y no una mera antología de fragmentos, como pretendía Prunis, y Querlon puso manos a la obra con la ayuda de algunos eruditos, en particular del piemontés Giuseppe Bartoli, que se ocupó de la extensa sección del manuscrito que Montaigne escribió en italiano.

La publicación se produjo en 1774, cuatro años después del hallazgo de Prunis, en tres formatos distintos con diferentes precios (y con no pocas variaciones de detalle en el texto). El título elegido fue *Journal du voyage de Michel de Montaigne en Italie par la Suisse et l'Allemagne en 1580 et 1581* [Diario del viaje de Michel de Montaigne a Italia por Suiza y Alemania en 1580 y 1581]. La edición estaba dedicada, sorprendentemente, al conde Buffon, el gran naturalista. Querlon relataba en un largo discurso preliminar las circunstancias del descubrimiento, de la transcripción y de la edición del texto, y sostenía, para justificar su interés, que el lector encontrará en el *Diario*, mucho más que en los *Ensayos*, al «hombre» Montaigne: «Aquí no se ve ya al escritor [...]: es el hombre, es Montaigne mismo, sin propósito, sin ningún preparativo, entregado a su impulso natural, a su manera de pensar espontánea, natural, a los movimientos más repentinos, más libres de su espíritu, de su voluntad, etcétera».¹ La recepción, sin embargo, fue tibia. Además del carácter un poco grosero que se atribuyó a la exhibición de detalles fisio-

¹ Querlon, «Discours préliminaire», en: Philippe Desan (ed.), Montaigne, *Journal du voyage en Italie* (1774), París, Société des Textes Français Modernes, 2014, pp. lxxix-lxxxii.

lógicos, en los medios ilustrados se juzgó negativamente un *Diario* que mostraba a Montaigne como un católico sumiso, devoto, incluso, del santuario de Loreto.

Esta edición fue, naturalmente, la primera establecida a partir del manuscrito original, pero también la última.¹ Querlon señalaba en su «Discurso» que el manuscrito se encontraba depositado en la Biblioteca del Rey. Lo cierto es que, a partir de este momento, se le perdió por completo el rastro. ¿Fue acaso devuelto a Ségur, su propietario? En cuanto a las varias copias del manuscrito que nos consta fueron hechas, también parecen haberse perdido. Prunis hizo una, según Querlon muy defectuosa, que fue confiscada por la policía; el mismo Querlon, al menos dos, que desaparecieron; Bartoli, una de la parte escrita en italiano, también perdida. Sólo poseemos la llamada «copia Leydet»—en parte copia, en parte extracto—, realizada por un colaborador de Prunis en junio de 1771, es decir, poco tiempo después del descubrimiento del manuscrito, y tres años antes de la impresión de la obra. Esta copia, descubierta y publicada por François Moureau en 1980-1982, ha servido para corregir algunos errores contenidos en las ediciones impresas.² Desgraciadamente, es muy incompleta y, a su vez, no está en modo alguno exenta de errores de lectura.

¹ Ph. Desan, «Introduction», en su edición del *Journal du voyage*, *op. cit.*, p. xvi.

² François Moureau, «La copie Leydet du 'Journal de voyage'», en: *Au tour du Journal de voyage de Montaigne 1580-1980*, dir. F. Moureau y R. Bernoulli, Ginebra-París, Slatkine, 1982, pp. 107-185. Cf. ahora Alain Legros (ed.), *Nouvelle transcription de la copie Leydet d'un «Extrait des Voyages de Montaigne»*, Bibliothèques Virtuelles Humanistes, 2017, en la página web MONLOE («Montaigne à l'œuvre»).

PROPÓSITO Y DESTINO DEL VIAJE

Al manuscrito descubierto por Prunis le faltaban las dos primeras páginas. Alguien las había arrancado, quizá Montaigne mismo. El hecho nos priva, probablemente, de información importante sobre el inicio y el propósito de su viaje.

En rigor, ¿qué sabemos al respecto? Sabemos, por la anotación que cierra el *Diario*, correspondiente al día en que Montaigne regresa a casa tras su largo periplo (30 de noviembre de 1581), que nuestro gentilhombre había partido de su *château* el 22 de junio de 1580, esto es, 525 días antes, rumbo a La Fère (una plaza fuerte situada en la Picardía, al norte de Francia, que pocos días después sería sometida a asedio por las tropas reales). A su vez, en la página correspondiente al 30 de noviembre de su *Éphéméride* de Beuther Montaigne confirma las fechas del inicio y del final de su viaje (pese a un *lapsus* sobre el año), así como, *grosso modo*, el recorrido efectuado, pero, en cambio, no nos dice nada sobre La Fère: «1581. Llegué a mi casa de vuelta de Roma [*sic*] un viaje que había hecho a Alemania y a Italia en el cual había pasado desde el 22 de junio de 1579 [*sic*, por 1580] hasta este día, en el que, el año anterior, había llegado a Roma» (en efecto, Montaigne había entrado en Roma por primera vez exactamente un año antes, el 30 de noviembre de 1580).¹

Sabemos, por supuesto, que, cuando parte de viaje, Montaigne acaba de publicar la primera edición de sus *Ensayos* en Burdeos (el aviso al lector está datado el primero de marzo; la publicación debió de producirse en abril o mayo). Pero desconocemos si, en ese momento, a Montaigne le acompañaba ya el «secretario» encargado de redactar el diario—y de realizar otras tareas de intendencia—; desconocemos así-

¹ Montaigne, *Œuvres complètes*, ed. Albert Thibaudet y Maurice Rat, París, Gallimard, 1962, p. 1409; y Beuther, *annoté par Montaigne*, ed. Alain Legros, Bibliothèque des Virtuelles Humanistes, 2013, en la página web MONLOE, cit.

mismo si Montaigne tenía ya, desde el inicio, el propósito de alargar su viaje más allá de La Fère o más allá de Francia. Unos cuantos años más tarde, en «La vanidad», el autor de los *Ensayos* observó que en sus viajes sabía muy bien de que huía, pero no qué buscaba (III, 9, p. 1449), y añadía que le costaba ponerse en marcha, pero una vez que lo lograba, no tenía dificultad alguna para continuar viajando todo lo lejos que se quisiera (III, 9, p. 1452). ¿Tenía Montaigne la intención de efectuar un viaje tan largo cuando partió de su castillo en el Perigord?

La Fère había sido conquistada por fuerzas protestantes el 29 de noviembre de 1579 y ahora el rey, Enrique III, se había propuesto recuperarla con la mayor prontitud posible. El 15 de junio de 1580 el monarca había convocado solemnemente a toda la nobleza leal de Francia («todos sus buenos servidores») a tomar parte efectiva en la recuperación de la plaza.¹ Es verosímil que Montaigne, caballero de la Orden del Rey y gentilhombre ordinario de su cámara, se sintiera interpelado por tal llamada y decidiera acudir a ella. El asedio empieza el 7 de julio de 1580. Las tropas reales, bajo el mando del mariscal de Matignon (1525-1597)—el mismo con el que Montaigne colaborará estrechamente a partir de 1582, en su etapa como alcalde de Burdeos—inician el sitio con 8000 hombres de a pie, 8000 caballos y 40 piezas de artillería. La presencia de los jóvenes favoritos del rey (los famosos «*mignons*»), con sus lujos y refinamientos, da al asedio un aire especial. Las fiestas y las diversiones se alternan con los arcabuzazos y las descargas de artillería. Sin embargo, pese a ser designado como «sitio de Terciopelo», la batalla es cruenta y causa más de 4000 muertos entre los asaltantes y 800 entre los asediados.

¿Era La Fère el verdadero destino de Montaigne? Como

¹ Pierre de l'Estoile, *Registre-Journal du regne de Henri III*, 111 (1579-1581), ed. Madeleine Lazard y Gilbert Schrenck, Ginebra, Droz, 1997, p. 103.

señala Philippe Desan, el desplazamiento de Montaigne tenía acaso otro objetivo más personal: ofrecer al rey un ejemplar de sus *Ensayos* recién publicados a manera de tarjeta de presentación política. De hecho, es bastante probable—aunque no seguro—que debamos situar en estas fechas—quizá en julio de 1580—una anécdota muy conocida que relatará un tiempo después François de La Croix du Maine en su libro *Bibliothèque française* (1584). Montaigne se habría encontrado con el rey, Enrique III (quizá en Saint-Maur-des-Fossés, donde la corte se había establecido el 22 o 23 de junio, huyendo de una epidemia que afectaba París) y habría mantenido en tono muy cordial un breve diálogo sobre los *Ensayos*. Escribe La Croix du Maine:

Me gusta mucho la respuesta que dicho señor [Montaigne] dio al rey de Francia, Enrique III, cuando éste le dijo que su libro le agradaba mucho. «Majestad», respondió el autor, «es por lo tanto necesario que yo agrade a Vuestra Majestad, puesto que mi libro le resulta agradable, pues no contiene otra cosa que un discurso sobre mi vida y mis acciones».¹

A principios de agosto Montaigne se encontraba en La Fère. Así se desprende de una nota escrita en la página correspondiente al 6 de agosto de su *Éphéméride* de Beuther. La anotación se refiere a la muerte de Philibert de Gramont, de 28 años, conde de Guiche, amigo de Montaigne y marido de Diane de Andouins (la futura amante de Enrique de

¹ François de La Croix du Maine, *Bibliothèque française*, París, Abel L'Angelier, 1584, pp. 328-329; véase Philippe Desan, *Montaigne. Une biographie politique*, París, Odile Jacob, 2014, pp. 306-308. Hay que advertir que se ha propuesto, como alternativa a esta datación tradicional, agosto de 1582, un momento en el que sabemos que Montaigne, ya alcalde de Burdeos, se encuentra en París: Cf. Warren Boutcher, *The School of Montaigne in Early Modern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2016, 2 vols., 1, p. 94, n. 2; Arlette Jouanna, *Montaigne*, París, Gallimard, 2017, pp. 197-202.

Navarra, la famosa «bella Corisanda»): «El año 1580 murió en el asedio de La Fère el señor de Gramont, muy amigo mío, que había sido alcanzado por un disparo cuatro días antes, cuando yo me encontraba en dicho asedio».¹ Sabemos además, por un pasaje de los *Ensayos*, que Montaigne participó en el cortejo fúnebre que trasladó el cadáver de Gramont hasta Soissons (III, 4, p. 1250).

Por otra parte, el 27 y el 29 de agosto, el rey Enrique III y su madre Catalina de Médici, instalados en Saint-Maur-des-Fossés, escribieron a Alfonso de Este, duque de Ferrara, sendas cartas de recomendación para el jovencísimo noble Charles de Estissac (c. 1563-1586). El dato nos interesa muy especialmente porque el *Diario* nos informa de que, unos días después, Estissac—hijo de Louise de La Béraudière, la dedicataria del capítulo de los *Ensayos* «El afecto de los padres a los hijos»—se reunió con el grupo de Montaigne en Beaumont-sur-Oise, para emprender viaje junto a él (rumbo a Italia).² En efecto, el lunes día 5 de septiembre Montaigne y sus acompañantes partieron de Beaumont en dirección hacia Lorena: allí empezó el viaje a Italia propiamente dicho—y, con toda probabilidad, también el mismo *Diario*, pues se hace difícil suponer que las dos páginas arrancadas contuvieran un registro día a día desde la partida de Montaigne de su castillo hasta su salida de Beaumont (¡son 75 días!)—. Cuando se produjo la rendición de La Fère, el 12 de septiembre, el grupo se encontraba ya a una considerable distancia, en el camino entre Bar-le-Duc y Mauvages.

Montaigne viajó, pues, acompañado de unas doce personas. Al secretario anónimo—autor material de la primera parte del *Diario*—, hay que añadirle sin duda algunos servidores más. También, Bertrand de Mattecoulon (1560-c. 1627),

¹ Montaigne, *Œuvres complètes*, op. cit., p. 1408; *Beuther, annoté par Montaigne*, op. cit.

² Desan, *Montaigne. Une biographie politique*, op. cit., p. 312.

el más joven de sus hermanos, y su cuñado Bernard de Cazalis, viudo de su hermana Marie. Hay que sumar, además, a Estissac y su propia comitiva (tres domésticos y un muletero), y a otro joven, seguramente el gentilhomme lorenés François du Hautoy, vinculado a Estissac. Montaigne era, con cuarenta y siete años, el más veterano de los señores que componían el grupo—el resto eran jovencísimos—, y ejercía la función de guía, aunque, desde luego, no fuese el noble de mayor rango. En ese aspecto lo superaba con mucho Estissac.

Que el viaje de Montaigne tiene como destino Italia, y más en concreto Roma, lo confirma el *Diario* un poco más adelante, a fecha del 28 de septiembre, con un episodio que tiene lugar en Remiremont: la entrega a Montaigne de una procuración, por parte de la abadesa del convento de las canonesas regulares, para que resuelva en Roma ciertos diferendos que la enfrentan con la casa de Lorena (p. 70). Aun así, es posible que se produjera cierta tensión entre la mayoría del grupo, que no cuestionaba el propósito formal del viaje, y el gusto personal de Montaigne, más favorable a la improvisación y a la exploración de lugares desconocidos. Así, más adelante, en Rovereto, a fecha de 31 de octubre, el redactor del *Diario* se hace eco de las quejas recibidas por Montaigne y de su más bien escaso interés por ir a Italia y en particular a Roma (pp. 139-140)—lo cual constituye, por otra parte, una nueva prueba de que el destino del viaje es ése—:

A decir verdad, creo que si hubiera viajado solo con los suyos, el señor de Montaigne habría preferido ir a Cracovia o hacia Grecia por tierra que dirigirse hacia Italia [...] Y en cuanto a Roma, que era el objetivo de los demás, él deseaba mucho menos verla que los otros lugares, pues todo el mundo la conocía y no había lacayo que no les pudiera dar noticias de Florencia y de Ferrara.

Unos días después, Montaigne hace que el grupo se desvíe hacia Venecia, y de nuevo Roma aparece como un desti-

no obligado pero asumido un poco a regañadientes: «[Montaigne] Decía que no habría podido instalarse tranquilamente ni en Roma, ni en ningún otro lugar de Italia, sin haber examinado Venecia, y por eso se había desviado del camino» (p. 149). ¿Por qué Roma, pues? A falta de las dos páginas iniciales del *Diario*, en las que tal vez aparecía alguna clave que nos ayudaría a entenderlo todo, no contamos, parece, con ninguna explicación mejor que una sugestiva hipótesis planteada por Philippe Desan: el proyecto de viajar a Roma respondería, según él, a la expectativa—espoileada por Enrique III—de llegar a ser nombrado embajador interino o extraordinario, con el fin de asegurar la transición entre el embajador Louis Chasteigner, que había pedido repetidamente (desde 1579) su relevo, y el candidato del rey Paul de Foix, hasta el momento vetado por el papa por su pasado un tanto ambiguo en materia de religión. En suma, según Desan no debe confundirse la partida del *château*, el 22 de junio de 1580, con destino a La Fère, o más bien, a la corte, con el inicio del viaje a Italia, que tendría lugar en Beaumont el 5 de septiembre. El punto de inflexión de un proyecto a otro estuvo, supone Desan, en el encuentro con Enrique III en Saint-Maur-des-Fossés, con la creación de la expectativa de ocupar un cargo relevante en Roma.

Huelga decir que los acontecimientos siguieron otro curso. Tal expectativa se desvaneció, y el viaje de Montaigne perdió su sentido político y cobró un cariz muy distinto, más personal y diletante. Tras su fracaso político, Montaigne se convirtió en una especie de turista y pasó—ahora sí—una larga temporada en establecimientos termales. Finalmente, su elección como alcalde de Burdeos sería una suerte de premio de consolación, muy alejado de lo que habían sido sus anhelos.

Montaigne cuenta en los *Ensayos* que su padre, Pierre Eyquem (1495-1568), escribió de propia mano un «*papier journal*», un diario, sobre su larga experiencia como soldado en las guerras italianas, «que [seguía] punto por punto lo acontecido en ellas, tanto en lo público como en lo privado» (II, 2, p. 496). Y en otra página refiere que, ya instalado en casa, al margen del registro contable del que se ocupaba el administrador, encargó a otro de sus domésticos—«aquel de sus hombres [*gens*] que le servía para escribir»—consignar en un *papier journal* «todos los acontecimientos de cierta relevancia, y las memorias día a día de la historia de su casa» (I, 34, p. 305). Hay que decir que en aquel tiempo el uso de tener un secretario parece que era común a la nobleza grande y a la pequeña. Como afirma Antoine de Laval (1550-1631) en 1605: «No hay entre nosotros gentilhomme con cien escudos de renta que no tenga el suyo».¹

Montaigne no siguió el proceder de su padre en cuanto a los acontecimientos domésticos—y, según dice, «me considero un necio por no haberlo hecho» (I, 34, p. 306)—. Pero parece que, en su gran viaje a Italia, quiso imitarlo y hacer algo semejante. Decidió llevar un diario, y encargarlo a un doméstico, a un secretario. ¿Con qué objeto? ¿Simplemente, como en el caso del diario doméstico de su padre, para poder recurrir a él «cuando el tiempo empieza a borrar la memoria»? ¿Porque disponer de un diario es «muy agradable», y también «muy apropiado», para resolver dudas sobre fechas, sucesos, cambios, etcétera? (I, 34, p. 305). ¿Pensando en los descendientes? Montaigne observa que los descendientes pueden tener, o deberían tener, interés por saberlo

¹ Antoine Laval, *Desseins de professions nobles et publiques*, 1605, f. 186r., citado en G. Hoffmann & A. Legros, «Secrétaire/s», *Dictionnaire de Michel de Montaigne*, ed. Ph. Desan, París, Honoré Champion, 2004, p. 901.

todo de la vida de sus ancestros (él lo tiene por la de los suyos): «¡Qué satisfacción no sería para mí oír a alguien que me refiriera las costumbres, el semblante, el porte, las palabras más comunes y las fortunas de mis ancestros! ¡Qué atención no le dedicaría!» (II, 18, p. 1002).

Éste fue acaso también el propósito del *Diario de viaje*: llevar un registro de acontecimientos que al cabo del tiempo pudieran consultar Montaigne mismo, sus familiares y hasta sus descendientes. Por todo ello, cuando se insiste, con razón, en que el *Diario de viaje* no fue escrito para ser publicado, debe tenerse en cuenta que eso no lo convierte en un diario íntimo o secreto, y que probablemente fue escrito para que alguien lo leyera, lo consultara, o incluso lo escuchara en alguna lectura pública (seguramente parcial). Querlon observa que el *Diario* no está escrito «para ser leído fuera de la familia»,¹ y pensamos que es exactamente así. No creemos, por lo tanto, que Montaigne—como se ha dicho alguna vez— simplemente olvidara el *Diario* a su vuelta de Italia. Ni siquiera que él mismo fuera su único lector.

Como había hecho su padre con el diario dedicado a los asuntos domésticos, Montaigne encarga la tarea de registrar los hechos y las experiencias de su viaje a un «secretario»—así, al menos, hemos dado en llamarle—. Éste realiza el trabajo durante algunos meses, pero, unas semanas después de haber llegado a Roma, hacia el 10 de febrero de 1581, lo abandona de repente. ¿Qué sucedió? Un nuevo enigma. Sólo sabemos que Montaigne anota en el *Diario* que tras «dar licencia» (haber despedido o haber dado permiso)—«[avoir] donné congé»: la expresión es ambigua—² a «aquél de mis domésticos [*mes jans*] que desempeñaba esta bella tarea», y pasar a asumirla él mismo, «por más incómodo que me resul-

¹ Cf. Querlon, «Discours préliminaire», *op. cit.*, p. lxvii.

² Véase Concetta Cavallini, *L'Italianisme de Michel de Montaigne*, Fasano-París, Schena-Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2003, p. 123.

te» (p. 200). ¿Se trata realmente de un despido o, más bien, de la concesión de una licencia a un inferior para que pase al servicio de otro amo? Sólo podemos manejar conjeturas. Desan aventura que a Montaigne podía molestarle la excesiva independencia de criterio mostrada por este secretario.¹ Podríamos pensar también en una explicación económica. En «La vanidad», Montaigne sugiere que, en algún viaje, el encargado de administrar su bolsa le había robado o estafado: «El que me guarda la bolsa en los viajes, me la guarda por entero y sin control alguno. No me engañaría menos si yo me dedicara a llevar las cuentas» (III, 9, p. 1420). ¿O tal vez Montaigne experimenta dificultades económicas?

Sea como fuere, el hecho es que un doméstico de Montaigne se encarga de la redacción del *Diario* hasta febrero de 1581. El protagonista principal del relato es siempre, naturalmente, el autor de los *Ensayos*. Como ya decía Querlon, «sólo se ve a Montaigne, sólo se habla de él; todos los honores son sólo para él».² Pero no es él quien habla. Esta parte del *Diario* tiene otro autor. La posible incoherencia fue resuelta de la manera más perentoria por Prunis, por Leydet y por Querlon. Para ellos la intervención evidente de un «secretario» no suponía ningún problema. Se daba por hecho que escribía al dictado de Montaigne, que era un simple escribano obediente, y que el autor de los *Ensayos* era en cualquier caso el responsable único del texto. Así ha continuado pensándose hasta hace poco. Pero, en estos últimos años, varios estudios han mostrado o intentado mostrar que el secretario que redacta la primera parte del *Diario* tiene una personalidad propia, una visión autónoma, una excelente educación e incluso un notable talento literario. Es, cuando menos, coautor del *Diario*.³

¹ Desan, *Montaigne. Une biographie politique*, op. cit., pp. 392-394.

² Querlon, «Discours préliminaire», op. cit., p. xl.

³ Véanse, por ejemplo, sendos artículos de Craig Brush, «La composition de la première partie du *Journal de voyage* de Montaigne», *Revue*

Y, en efecto, llama la atención, en esta primera parte del *Diario*, el uso relativamente frecuente de la primera persona («yo...»), además de la tercera («el señor de Montaigne...», o simplemente «él...») y de la primera del plural («nosotros...», es decir, nuestro grupo). En algunos casos, la aparición de este «yo» es, si se quiere, banal. Se refiere a acciones ejecutadas por el secretario al margen del grupo o de sus señores: «Me encargué de hacer el traslado» (p. 141), «El lunes por la mañana, yo me adelanté con el mulo» (p. 154), «Antes de que mi amo llegase, cerré un trato» (p. 167)... En otras ocasiones, sin embargo, este «yo» parece tener más entidad: el secretario parece aportar una mirada propia, un punto de vista distinto e independiente.

Con todo, quizá no deberíamos exagerar el alcance de esa autonomía. A nuestro juicio, puede haberse ido demasiado lejos por esta vía. Por un lado, como recuerda Rigolot, el uso de la tercera persona no consigue hacernos evitar la impresión, en numerosas frases, de que «es Montaigne quien parece hablar: reconocemos la voz, la manera, el estilo del autor de los *Ensayos*».¹ Por otra parte, sería ingenuo, creemos, asimilar mecánicamente el «yo» gramatical a la identidad o la autonomía del secretario. Como dice, otra vez, Rigolot, «esta autonomía no es fácilmente verificable».²

Leamos por ejemplo, uno de los pasajes más hermosos escrito por el secretario, del cual hemos citado ya el inicio: «A

d'Histoire littéraire de la France, 71, 3, 1971, pp. 369-384; «The Essayist is learned: Montaigne's *Journal de voyage* and the *Essays*», *Romanic Review*, LXII, 1971, pp. 369-384; y también Fausta Garavini, «Introduction» de su edición del *Journal de voyage*, París, Gallimard, «Folio», 1983, recogida en *Id.*, *Itinéraires à Montaigne. Jeux de textes*, París, Honoré Champion, 1995, pp. 99-114; así como Ph. Desan y Ji Gao, «Qui parle? La voix du secrétaire dans le *Journal du voyage en Italie* de Montaigne», *Studi di Letteratura Francese*, 43, 2018, pp. 11-32.

¹ François Rigolot, «Introduction», a su edición del *Journal de voyage de Michel de Montaigne*, París, PUF, 1998, p. xiv.

² Rigolot, «Introduction», *op. cit.*, p. xiv.

decir verdad, [yo] creo que si hubiera viajado solo con los suyos, el señor de Montaigne habría preferido ir a Cracovia o hacia Grecia por tierra que dirigirse hacia Italia» (p. 139). Fausta Garavini percibe en estas líneas «la autonomía y la finura de una mirada capaz de capturar y de fijar de un solo trazo la figura admirable de Montaigne viajero».¹ Y sí, no cabe duda de que aquí «yo» es el secretario, pero obsérvese que, aunque éste parece empezar hablando sólo en su propio nombre, más adelante se apoya repetidamente en el testimonio de Montaigne mismo: «Él, por su parte, solía decir...», «respondía...», «Decía también...» (pp. 139-140). La impresión del lector, en éste y en otros pasajes, es que la opinión del secretario está sustentada en gran medida en el testimonio de Montaigne mismo, más aún, está construida a partir de él, hasta el punto de confundirse con la suya. Desan cita unos pasajes en los que el ya mencionado Antoine de Laval define al buen secretario como aquel que piensa igual que su amo, aquel que es una suerte de doble suyo, aquel cuya voz se confunde con la suya.² ¿No es esto lo que encontramos en la mayor parte del texto redactado por el secretario de Montaigne?

En algún caso podemos sospechar, incluso, que hay algo más que identificación: que Montaigne mismo dicta el pasaje o lo escribe por su cuenta en un momento posterior a la primera redacción efectuada por el secretario. Leamos, por ejemplo, el siguiente fragmento (p. 243):

Pero dado que le propiné una bofetada a nuestro *vetturino*, lo cual es un gran exceso según la costumbre del país—prueba de ello, el *vetturino* que mató al príncipe de Tresignano—, no me vi ya siguiendo a dicho *vetturino*, y temiendo un poco, para mis adentros,

¹ Garavini, «Introduction», *op. cit.*, p. 10.

² Ph. Desan, «Introduction», en su edición del *Journal du voyage*, *op. cit.*, pp. xxvii-xxviii, citado de A. Laval, *Desseins de professions nobles et publiques...*, París, 1611, f. 201r.

que pudiera informar sobre ello o hacer otras cosas, me detuve, en contra de mi propósito—que era ir a Tolentino—, a cenar en Valcimara.

¿Qué pensar de este fragmento? ¿A quién corresponde el «yo» que nos presenta? Parece indiscutible que a Montaigne. Se trata probablemente de un añadido tardío, insertado por el autor de los *Ensayos* en un texto redactado por su secretario.

Téngase además en cuenta que en la parte del *Diario* escrita por Montaigne, a partir de febrero de 1581, hay al menos dos referencias a la sección redactada por el secretario, introducidas con las fórmulas «de los que he hablado antes...» (p. 350), «del que he hablado en otro sitio...» (p. 264): la primera, remite a una visita a un convento de jesuatos (p. 144); la segunda, a una visita a Castello (p. 169). Esto significa que Montaigne reconoce y considera como propio el texto escrito por el secretario, lo cual seguramente significa, a su vez, que él es el responsable último de ese texto.

LOS TEMAS DEL «DIARIO»

Aun admitiendo que el objetivo principal del viaje de Montaigne pueda haber sido, como sostiene Desan, llegar a Roma para asumir un importante encargo diplomático, el hecho es que tal factor apenas se adivina en las páginas del *Diario*. En ellas están presentes, en cambio, otros muchos motivos y elementos: cuestiones como la salud, la libertad política, la religión, lo que podríamos llamar los logros de la civilización, el arte, pero también el mundo de las cortesanas y el problema del dinero. Montaigne los yuxtapone y entremezcla prescindiendo, aparentemente, de toda jerarquización.¹

¹ Hugo Friedrich, *Montaigne*, trad. Robert Rovini, París, Gallimard, 1984, p. 268.